

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— da —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 6 de Junio de 1943

No. 555



Dr. Don Rafael Calderón Muñoz

Enviamos un cariñoso saludo al distinguido enfermo de cuya salud todos estamos pendientes y pedimos de todo corazón al Altísimo que le devuelva su salud para felicidad de los suyos y consuelo de aquellos a quienes se unió para sufrir en las pruebas de la vida.

La Luz del Hogar

Por Raquel.

He visto muchas veces salir el sol: he visto teñirse las nubes por Oriente de arbolados matices; disiparse las sombras; cobrar animación y vida el mundo que dormía entre las tinieblas de la noche; respirar todo alegría, belleza y esplendor.

El sol lleva sus brillantes rayos a todas partes; lo dora e ilumina todo, las cumbres de los montes y los hondos valles, los palacios y las cabañas; sale para los ricos y para los pobres, y no queda rincón, por escondido que esté, que no reciba la dulce influencia de su calor y de su luz.

Así la mujer cristiana en el hogar: ella debe ser el astro bienhechor que a todos ilumine, caliente, hermosee, fortifique: ella debe disipar las nieblas, las oscuridades, las tristezas; ella debe comportarse de manera que en su ausencia parezca a todos que falta **algo** muy necesario, que todo se obscurece y pierde brillo y hermosura.

Ella debe obrar silenciosa y suavemente como los ángeles; debe repartir beneficios como el sol sus rayos... ¡de balde! lo mismo para el rico que para el pobre, igual para el amigo que para el enemigo, porque con esta conducta dejará de tener adversarios, y quizás lleguen a amarla todos.

¡Quizás!... escribo esta palabra porque no es fácil dar gusto a todos: no se puede complacer siempre; hay que cumplir el deber cueste lo que cueste, y esto suele engendrar envidias, quejas y celos; más aún en este caso puede obtenerse mucho.

Como el sol disipa las nubes, la caridad ahuyenta las prevenciones; como él hace brillar los objetos, y da vida y hermosura a todas las cosas, así la abnegación cristiana vence las resistencias, establece corriente de simpatía entre las almas, y derrama dichas continuamente.

Y dar dichas a los que conocemos, es una misión alta y bienhechora que pocas almas en-

tienden. He visto mujeres dotadas de excelentes cualidades, generosas, simpáticas, bienhechoras, a cuyo lado nadie podía vivir en paz. Todos deseaban su ausencia, todos temían su vuelta, ¿por qué? Porque no sabían hacer dichosos; porque aparentando desprendimiento eran egoístas; porque dominantes en sumo grado, querían ser obedecidas en todos sus caprichos, acatadas en su voluntad, adivinadas en sus deseos; porque demasiado vehementes, se entusiasmaban con tanta facilidad como se cansaban luego; y como era preciso **dar razón de sus sin razones**, ponían piedrecitas en el camino de los demás para que tropezaran y cayesen; así ellas aparecían justas y los otros ingratos.

Las buenas obras que estas mujeres hacen son como telas riquísimas cubiertas de espesa capa de polvo: no tienen brillo, no encantan, no satisfacen.

Es preciso hacer dichosos a los que nos rodean; es necesario hacer sacrificios ignorados y constantes para obtener la paz ajena y la propia que tanto valen.

Hay que ser Marta y María.

Cuidar del niño, del enfermo, del anciano; prestar servicios constantes a éste, a aquel, a todos; anticiparnos a los deseos de los que nos rodean; cuidar de que nada les falte de aquello que les podemos proporcionar aun a costa de secretas privaciones nuestras; suplir las deficiencias de criados torpes e inhábiles; no omitir un detalle de orden y bienestar domésticos; eso es ser Marta.

Pero no basta: María tiene que ayudarla, para que su acción sea eficaz, provechosa y duradera. Sin María, Marta puede ser como esos árboles de brillante follaje, que crecen exuberantes de lozanía, pero que no dan frutos.

María representa la vida interior, que da robustez, fecundidad y valor a las obras de la vida externa. María es el corazón endiosado, que bajo la mirada de Dios late sosegado y eleva al

cielo fervientes himnos de súplica, de alabanza, de reconocimiento; que procura crecer echando hondas raíces, en vez de crecer por las ramas.

Una mujer cristiana debe cada día acudir al Señor como a un amigo de confianza; consultarle sus trabajos; pedirle luz y ayuda; rogarle que la inspire la mejor manera de complacer a todos, de amar a todos, de trabajar y sufrir por todos.

¡Puede hacerse tanto bien por medio de la oración! Las injusticias de una persona que vive con nosotros y nos tiene cierta ojeriza; las prevenciones de otra que nos conoce y sin embargo nos juzga; las impaciencias de un carácter agriado por los desengaños y los dolores; la terquedad del hijo, del criado, de alguno que amonestado insiste en sus errores, todo esto puede vencerse o disminuirse con la oración. Dios lo ha dicho: "Pedid y recibiréis".

Uniendo en íntimo consorcio la actividad de Marta con la devoción de María, es como resultan esas heroínas cristianas que el mundo no conoce, que las gentes imperfectas censuran por

que no las entienden; pero a quienes los Angeles bendicen y llaman hermanas suyas.

¿Quieres vencer resistencias, acortar distancias, suavizar asperezas, desvanecer prejuicios, desterrar del hogar doméstico esa atmósfera pesada, abrumadora, angustiosa que no deja libertad al corazón y aflige al espíritu? Procura aprender a orar y a hacerlo siempre.

¿Aprender a orar? ¿Acaso no saben todos hacerlo? No, hija mía; son pocas almas las que saben orar con esa humildad, perseverancia y confianza que hacen descender las gracias del cielo.

Muchas van al Señor llenas de soberbia a quejarse de todo y de todos; cegadas por el amor propio, creen que todos son malos, injustos, defectuosos, menos ellas; no se equivocan nunca; hace todo el bien que pueden; se sacrifican siempre por los demás... Así lo creen y así lo dicen, pero no es verdad.

Tienen habilidad suficiente para mostrar a quien las mira aquella faz de las cosas que les atrae alabanzas y bendiciones; pero el fondo

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

**Cómprala en la
Fábrica Nacional de Licores o en el**

Almacén Robert Hermanos

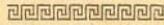
del asunto, el móvil de la empresa es su propia voluntad, esa queda cuidadosamente oculta.

¡Pero Dios lo ve!

¡Dios lo ve! ¡qué poderoso auxilio para el bien y defensa para el mal es esa frase, que resulta tan sencilla como lo es la verdad!

¡Dios lo ve! Y a El nadie puede engañarlo; y aunque el mundo nos aplauda y nos sigan las alabanzas, como el bien que hagamos no sea hecho por Dios, lo habremos perdido.

Hemos de orar exponiendo sencillamente nuestras necesidades, analizando nuestras acciones, escudriñando el móvil que en ellas nos impulsa, porque muchas veces las cosas de que nos quejamos, los defectos de aquellos que viven en nuestra compañía, son obra de nosotras mismas... son resultado de nuestras exigencias, de nuestras arbitrariedades, de nuestros caprichos... queremos que todos condesciendan, que todos se sometan, que en nada nos contradigan.



Cartas a un joven sobre la Santa Esclavitud Mariana

Por los Hnos. de las Escuelas Cristianas

A GUIA DE PROLOGO

¿Ves, lector mío, este opusculito tan pequeño, que casi se pierde y desaparece entre los dedos de las manos? Es pequeño y reducido de páginas, pero encierra un gran tesoro. Como lo verás si sigues leyendo, se trata de unas cuantas cartas dirigidas a un joven **Cristiano, cristianamente educado**, quien a toda costa quiere salvar su alma, valiéndose para ello, del amor y devoción a la Virgen Santísima. En estas cartas se le explica **la más hermosa, la más excelente** de las devociones a la Madre de Dios, la que en cierto modo, encierra y comprende todas las demás con que es honrada esa nuestra bendita Madre del Cielo.

Llámasela, **La Santa Esclavitud Mariana**, porque consiste esencialmente en **Entregarse, darse** como esclavo de amor a María, y vivir así en ese espíritu de unión, sumisión y dependencia de Ella. Hasta hace poco, apenas ha sido practicada esta devoción pero hoy, gracias a los congresos marianos, revistas y libros que se van escribiendo sobre este asunto, se extiende prodigiosamente y va obrando maravillas de gracia y santidad en las almas que se entregan sin reserva a la Virgen Santísima. **Quien quiera** que seas (pues aunque las cartas van dirigidas a un joven, pueden servir para todo género de personas, tanto religiosas como seglares) te deseo ardientemente esta gracia y pido a María, Reina de los Corazones, te la conceda,

CARTA PRIMERA

PRELIMINARES

Mi estimado Mariano: Muy grato ha sido para mi alma todo cuanto me dices en tu carta sobre tu **vida y milagros** desde que saliste de este centro de educación, en el que, como tú mismo lo afirmas has pasado años dichosos y durante los cuales, se procuró enseñarte a ser **hombre** en toda la extensión de la palabra.

Dejando a un lado algunas de las cositas que me cuentas, quiero, amigo mío, fijarme solamente en lo que me dicen de tu amor a la Santísima Virgen María y del santo deseo que abriga tu corazón de ser eternamente esclavo de amor de nuestra bendita Madre del Cielo. Accedo gustoso a tu petición de que te dé a conocer esa hermosísima devoción que se llama **la Santa Esclavitud Mariana**, la que, tanto se extiende hoy día por el mundo.

Mucho me agrada también, mi querido Mariano, que me digas en la tuya que sientes ansias infinitas de felicidad y que quieres salvarte a toda costa para no ser eternamente desgraciado. A eso llamo yo pensar en cristiano y escribir como tal. Sí, amigo mío, la salvación eterna ha sido siempre, y es y será el negocio de los negocios. ¿No nos lo dice en el Evangelio nuestro dulcísimo Redentor Jesús con estas palabras: **“¿De qué sirve la hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?”**

Acción de Gracias

Da infinitas gracias al Niño Jesús de Praga porque le concedió la salud de su nieta María Eugenia Fernández E.

Isabel Yglesias de Fernández
San José.

Acción de Gracias

Da infinitas gracias a Santa Teresita del Niño Jesús porque por su intercesión obtuvo la salud de su nieta María Eugenia Fernández E.

ISABEL Y. DE FERNANDEZ.
San José.

Agitarse febrilmente durante cuatro días aquí en este mundo por adquirir un poco de dinero y correr tras unas cuantas impresiones llamadas placeres; trabajar y luchar para ser estimado de sus semejantes y dejar un nombre en la tierra; vivir lejos de Dios envuelto en pecados, y de repente, bajar a las sempiternas llamas de un espantoso infierno: este es según parece, el lastimoso y tristísimo destino con que se dan por saitsfechos muchos hombres. Eso se llama sencillamente ser infinitamente insensato y tenerse a sí mismo odio reconcentrado, odio feroz, odio sin límites ni fin. Muy bien haces, pues, mi querido amigo, en poner como una de las principales bases y razones de tu amor y devoción a María, la necesidad que sientes de Ella para tu eterna salvación, y la gran seguridad que pueden tener de alcanzarla, los verdaderos devotos de esta sin par Virgen. Y si no, mira las palabras que el Espíritu Santo pone en los labios de María para alentarnos a amarla, venerarla, honrarla y salvarnos por medio de Ella: **Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación** (Prov. VII, 25). **Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios la cual, es su herencia, y mi habitación fue en la plena reunión de los Santos.** (Eccli. XXIV). San Juan Damasceno dice: **"El ser devoto vuestro ¡oh María! es señal segura de salvación eterna"**. Es doctrina aprobada y muy recomendada por nuestra Santa Madre Iglesia, la de que ningún verdadero y constante devoto de María se condena.—¿Qué dice todo esto a tu cristiano corazón?

De varios modos podemos honrar a la Vir-

gen Santísima pero se puede afirmar con toda seguridad que la manera más perfecta de hacerlo consiste en practicar lo que se llama la Santa Esclavitud Mariana, pues con esta devoción se da con todo lo que tiene y para siempre, a esa dulcísima Reina y Señora, procurando así vivir en estrecha unión con Ella durante toda la vida.

Tal vez te llame la atención y hasta te **desagrade** la palabra **esclavo**, pues a tí te gustaría más llamar a María con el dulce nombre de **Madre**. No te apures por tan poquita cosa, pues aquí a las palabras **esclavo y esclavitud** se les da el sentido de entrega y donación libérrima a María, para imitar así, en algún modo, la sumisión que respecto de Ella tuvo y practicó el mismo Jesucristo en este mundo durante treinta años. ¿No te parece honrosa para tí esa donación, esa intimidad, esa unión casi inseparable con la Madre de todo un Dios. ¿No te parece nobilísima la devoción que te hace imitar así a Jesús, dependiendo de María, como el mismo Jesús durante su vida mortal? ¿No te parece bien depender de María, pertenecer por completo a Ella, para así librarte más fácilmente de la esclavitud ignominiosa de Satanás?

Aleja, pues, toda idea humillante, todo pensamiento de degradación, cuando se trata de tan hermosa y consoladora devoción.

En cuanto a llamar así a María, ¿sabes lo que Ella hará contigo? Pues se dará a tí, se entregará a tí de un modo **inefable** siendo completamente tuya. María es la mejor, la más tierna, la más cariñosa de las madres y desea ardientemente que la dejemos obrar en nuestras almas, que le franqueemos la entrada de

nuestro corazón para obrar allí maravillas de gracia y santidad. ¿No le dejarás tú, amigo mío, franca la entrada? ¿La obligarás a quedarse fuera, a no obrar en tí, a no santificarte? ¿Serás tan desgraciado que le impidas transformar tu cuerpo y alma preparándolos para el cielo? Bien sé que no ha de suceder así.

¡Mírala llena de gracia, de belleza y de bondad! Contempla su hermosísimo rostro; mira su Corazón palpitando de amor hacia a tí. Dios hizo de las aguas un depósito que llamamos mar, y de María hizo otro mar de inconcebible hermosura, depositando en Ella todo el inmenso cúmulo de gracias y misericordias que ha concedido y ha de conceder a los hombres hasta el fin del mundo.

Voy a terminar, mi amado Mariano, con la importante advertencia que sigue: y es que como asegura San Alfonso María de Ligorio, el demonio trabajará, diez, veinte, treinta y más

años, si es preciso, para arrancarte el amor y devoción a María, pues ese espíritu maligno sabe perfectamente que la primera victoria que tiene que alcanzar sobre tí, si te ha de derribar en el fango del pecado y encadenarte a tu eterna condenación, consiste en apartarte de la Madre de Dios, en hacer que te olvides de Ella, dejes de amarla, y entonces, cuando te vea solo, te acometerá con furor, te vencerá con mucha facilidad y se vengará de tí de un modo espantoso, por la resistencia que le hiciste mientras andabas con esa nuestra benditísima Madre del cielo.

Por hoy, aquí hago punto final, prometiéndote otra carta en la que seguiré la explicación de lo que se refiere a esta **Santa Esclavitud**, y espero que, Dios mediante, no tardarás mucho en recibirla.

Entretanto, quedo todo tuyo en Jesús y María.

Gabriel María.

SEGURO DE EDUCACION

Este es un seguro de grandes ventajas para los padres que enfoquen bien el problema de la educación de sus hijos.

Este seguro garantiza la educación de los hijos aunque mueran los padres.

La única herencia real y verdadera que un padre puede dejar a su hijo.

**SIRVASE CONSULTARNOS SU CASO PARTICULAR
ESTAMOS A SUS ORDENES.**

Banco Nacional de Seguros.

Apoye la buena prensa, consiguiendo suscritores para "Revista Costarricense"

NOVELA

la paz... que es la suprema dicha en este mundo, porque más es imposible hallarlo en esta charca. En la eterna Bienaventuranza, sí, pero no aquí abajo. En el fondo de la cuestión entre usted y su esposo no hay más que una infinita cantidad de orgullo; primero fué él, ahora usted quien lo interpone de la comprensión mutua. Si por un momento usted pudiera desprenderse de ese orgullo, si mirara a su marido como puede mirarse a otro hombre cualquiera de quien no la apartaran susceptibilidades y resquemores estoy seguro de que se entenderían en seguida... No es verdad que usted le quiere como me ha dicho; porque el amor perdona. ¿Que el ídolo ha caído? Pero, hijita: por ventura era usted bastante ignorante para creerle perfecto? No, Adelaida: la perfección no existe más que en nuestros propios deseos y él no tiene la culpa de que usted haya forjado un ideal y de que ese ideal se haya derrumbado. Hay que amar sencillamente, sin imaginaciones, de una manera tolerante y comprensiva. Haga usted la ofrenda de su orgullo y verá cómo viene en seguida la compensación.

—No le contesté. La gasolinera marchaba en una loca carrera dejando detrás una estela inmaculada. No le contesté, pero escuché una vocecita que sonaba muy adentro de mí misma y que me repetía las mismas palabras que había pronunciado Herrero. Acababa de ponerse el sol como una hostia roja detrás de la montaña erizada de pinos, cuando llegamos al diminuto desembarcadero... Toda la gente del mesón espía nuestro regreso con un acerado comentario en la punta de la lengua, menos la comprensiva María Francisca, que conoce a Herrero desde que era un niño y le hospeda muchas temporadas en su fonda; la propia mesonera tomome mi capa cuando me despojé de ella en el vestíbulo.

—Como si nuestro dinero no fuese igual que el de ella... —murmuró la gorda Manzane-

que ofendida por las atenciones de la huésped.

—Es un poco tarde—dije sin hacer caso, mirando mi relojito de pulsera,—pero así y todo no lo perdono. ¿Quiere usted tomar conmigo una taza de té, señor Herrero?

—Encantado, Adelaida.

—Subimos por la escalera calculando las críticas que nos seguirían. Lucía, la criada que me sirve, había preparado el servicio de té sobre un velador junto al balcón. A la incierta claridad del crepúsculo agotamos el ágape con excelente apetito sin que nos lo hiciesen perder la sospecha de los tijeretazos que debían estar propinándonos nuestras irreprochables compañeras de hospedaje. Cuando bajamos, Herrero detúvose junto a la puerta del saloncito donde se calentaban las cuatro arpias muy arrimaditas a la chimenea.

—Quisiera que pensara usted en todo lo que le he dicho, Adelaida.

—No me llame usted Adelaida; no es mi nombre. Al emprender mi cura de reposo, el médico encargó que procurase dejar atrás mi verdadera persona y me inscribí en el registro de la fonda con el nombre de mi madrina, la marquesa de Fajardo. Pero me parecía ofensivo para la amistad que usted me ha concedido, el hecho de mantenerle en el error.

—¿Quién es usted, entonces, señora?—dijo con un mayor matiz de respeto el registrador.

—Soy la condesa de Arústegui, pero puede usted llamarme María como acostumbra a hacerlo todos mis amigos.

—Pues bien, María. Quisiera que pensara usted en todo lo que le he dicho esta tarde. Yo me iré pasado mañana y quisiera llevarme como recuerdo de nuestro conocimiento y como prenda de esta deliciosa amistad, una prueba definitiva: la promesa de que si su marido la busca,

no lo rehusará usted. Hágalo en obsequio mío; algún día puede que piense que tiene mucho que agradecerme...

“Mis rebeldías agonizaban, madrinita. Estaba tan emocionada que ni palabras hallé para responderle, pero le alargué la mano y se estrecharon fuertemente nuestras diestras; como en un pacto. Luego, hizo girar la manivela, abrió la puerta, me cedió el paso... y nos entramos en el cuartito, junto a las cuatro fieras”.

Cuando Adelaida Fajardo llegó a este punto de la carta, pareció también emocionarse un poquitín. Con la mano gordezuela apoyada en el brazo de su cómoda butaca y el plieguecillo revoloteando sobre el halda, estuvo un buen rato pensando sus ideas; corolario de estos pensamientos que debieron ser muy gratos, fué una sonrisa fina, traviesa y bondadosa que jugó un momento entre sus labios.

—Me gustaría estar presenciándolo todo por un agujerito...—dijose con risa bien marcada. —Pero ya me lo contarán.

Y después de pronunciar estas frases un tanto enigmáticas, fuese con su paso vivo y ágil a buscar a Carlos Arústegui.

La intrigante Marquesa tramaba algo bueno...

CAPITULO XV

Hallazgo de corazones

Bajo la gloria del sol poniente, tenía el mar tonalidades áureas de incopiabiles matices. María cerró el libro que estaba leyendo, se ajustó bien su capa bretona y se tendió, apoyada la mejilla sobre el codo, absorta en la contemplación de las olas que iban y venían... Sentía como una excitación de todas sus facultades perceptivas. No había modulación ni tonalidad en la naturaleza, por leves que fuesen, que se le pasaran por alto. Ahora, como no tenía a Herro para charlar, meditaba. Y sucedió que apagado el fuego de la rebeldía y el tizón del orgullo, vió con diáfana claridad que estaba faltando con su absurda esquivez a todas sus sagradas obligaciones de esposa. Sintió un loco deseo de perdonar a Arústegui y un ansia desmedida por escuchar de nuevo sus palabras reprimidas en las

cuales aleteaba una viril ternura. Aún no estaba segura de que él le amase, pero le pedía a Dios el milagro, no, pero sí la gracia de que él la convenciese con una prueba definitiva. Mansa y dócil, María Riverdal quería cumplir su deber y para ello se daba a sí misma peregrinos argumentos: ¿desde cuándo los grandes amores necesitan correspondencia? El amor, cuando es amor de verdad no pide nada; con dar tiene bastante. Ella daría, daría generosa todo el cariño y tal vez en esa entrega experimentase ya de por sí un quintaesenciado placer.

Pensando en esas cosas complicadas y bellas, sentía María Riverdal una extraña sensación como de presencias invisibles que rondaran junto a ella; tan estereotipada tenía en la imaginación la silueta de Arústegui a fuerza de pensar en él durante aquellos últimos días, que casi le “sentía” a su lado. Por dos veces se volvió creyendo haber percibido a su espalda el roce de una persona al deslizarse sobre la arena; pero a su espalda no había nada ni nadie. Solamente la playa desierta y, al fondo, el hotel.

Entretanto, se iba haciendo de noche y María, arrancándose a sus sueños, recogió su novela y su sombrilla y emprendió el retorno a la fonda. En la casona de María Francisca solía haber poco movimiento; la clientela formábanla personas tranquilas que repetían anualmente sus visitas. Aparte de esto, de tarde en tarde, llegaba algún automóvil con excursionistas que merendaban o almorzaban en la hospedería y que todo lo más se quedaban a dormir una noche para continuar al día siguiente su excursión. De eso se deduce que la llegada de cualquier nuevo huésped constituía un acontecimiento en el Rincón de la Herradura.

María entró en el vestíbulo, decidida a irrumpir en el saloncito, pero su extrañeza fué grande, cuando vió agrupadas a las cuatro fieras junto a la mesa donde solían firmar en el momento de su arribo los nuevos huéspedes. ¡Cosa insólita! Pantaria Rodés perdió su porte estirado y se humanizó hasta el punto de dirigirse a ella, toda regocijada.

—¿No sabe usted nada?

—Nada absolutamente, señorita; vengo de la playa — contestó deteniéndose, María River-

—Han venido huéspedes nuevos.

—¿De veras?

—Dos.

—¡Dos! Dí uno, mujer, porque el otro es un chofer — añadió la otra Rodés con un mohín de desprecio, que juntó su labio superior con la nariz, dándole toda la fisonomía de un perro chato.

—¡Vaya! Será que un chofer no es un hombre — revolvióse molesta la docta Pantaria.

—Dos, señorita de Fajardo. Lo malo es que aunque sabemos positivamente que el chofer es un hombre, en cambio no podemos diagnosticar el sexo del otro.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Que cuando hemos llegado de nuestro paseo... hemos ido a ver la balsa de las Aguilas, ¿entiende usted? Pues nos hemos encontrado el registro abierto sobre la mesa y estas maletas en ese rincón. Mírelas usted bien; son muy elegantes y muy buenas...

—Y el que las ha traído debe haber corrido con ellas mucho mundo, porque lo acreditan los letreros de distintos hoteles europeos... y americanos. Vean ustedes.

La observación de María Riverdal era muy atinada, en efecto. Junto a los sellos del "Maurice" y del "Ritz" de París, se veían los de varios hoteles de las repúblicas sudamericanas.

—¿Y dicen ustedes que ignoran si es hombre o mujer?

—No podemos entender lo que ha escrito en el libro: mire usted.

—¿A ver?

Se lo llevaron en volandas, acuciadas por la curiosidad. María se encontró ante unas letras fantásticas por su descomunal tamaño picudas y realmente ilegibles. El nombre de pila era un verdadero geroglífico; el apellido era más descifrado, parecía decir "Ponce" y abajo, el huésped había añadido la siguiente coletilla "y su chofer" y después las señas "Madrid, barrio de Salamanca".

—¡Vaya unas señas!—echóse a reír María Riverdal.

—Me alegraría que fuese una señora de cierta edad—dijo Prisca.

—Y yo un muchacho joven y alegre—dijo la niña de Manzanegue.

—¿Para qué? ¿No tienes ya tu novio?... corrigió agriamente la madre.

—Para los intermedios, señora—dijo con intención Pantaria.

—Mi niña no es de esas—declaró con mordacidad la gorda mirando de soslayo a la Riverdal.—Las hay que entran por todos como la romana del infierno.

—¿Y a usted que le gustaría?—preguntó la niña cursi lánguidamente.

—¿A mí?... ¡Bah! A mí me es completamente igual. Con que sea una persona simpática es suficiente. La simpatía no tiene sexo.

Y saludando a las cuatro mujeres con una amable sonrisa y una cortés inclinación, empezó a subir tranquilamente las escaleras con ánimo de cambiarse el vestido por otro de mayor abrigo; se había enfriado en la playa. No le inquietaba, ni le preocupaba lo más mínimo la llegada de los nuevos huéspedes. Al ir a entrar en el corredor que conducía a su cuarto, tropezó con María Francisca. Iba la hostelera a hablarla, cuando la llamaron desde la puerta más próxima y aquella voz clara, educada y ardiente, tuvo el poder de clavar a María Riverdal en su sitio con un desvanecimiento de cabeza y un extraño temblor de piernas. ¿Soñaba, o era efectivamente la voz de Carlos Arústegui la que acababa de oír? María Francisca seguía en el cuarto del forastero contestando a sus preguntas. La muchacha, vuelta en sí de su violenta turbación, aprovechó esta circunstancia para deslizarse astutamente en su aposento y una vez en él cerró la puerta con llave y se echó de bruces en la cama completamente desfallecida por la emoción. ¿Qué buscaba Carlos Arústegui en el Rincón de la Herradura? ¿A qué iba allí? No podía ir más que a buscarla a ella y puesto que iba, señal era de que a pesar de los desplantes últimos no la guardaba rencor ninguno. Dentro de unos momentos se encontraría con él en el comedor, ante las ávidas y maliciosas miradas de las cuatro arpías, y tendría que afrontar en presencia de extraños la primera entrevista con su marido tan embarazosa y difícil. ¿Tendría valor? Le pareció que no; ya se sentía bastante

turbada al sólo pensamiento de verse frente a él, cuanto más, teniendo que hacerlo delante de testigos. No, no; de ninguna manera. Se encontraba muy quebrantada, muy nerviosa, muy poco dueña de sí misma... Sería mejor dejarlo para el día siguiente, cuando pudiesen verse a solas y cuando ella se encontrase un poco más tranquila.

Desde la cama, donde continuaba de brues, sintió abrirse la puerta de la cercana habitación de Arústegui y oyó sus pasos firmes que parecían tener algo de apresuramiento... ¿Sería posible que sintiese la impaciencia de verla? María se hizo la siguiente pregunta llena de perplexidad: ¿venía a recogerla empujado por su deber de caballero que no puede consentir el escándalo en torno de su nombre, o venía sencillamente porque la quería y no podía vivir sin ella? ¿Cómo saberlo?

Mientras sonreía imaginando el revuelo de curiosidades que iba a producir la entrada de Arústegui en el comedor de la fonda y la de comentarios que iban a hacer a su costa las cuatro arpías, se levantó para tocar el timbre y pedir que le sirviesen la comida en su cuarto con excusa de haberse resfriado en la playa y tener un molestísimo dolor de cabeza.

No debió dormir bien aquella noche porque el alba la encontró despierta y tenía el aspecto fatigado y lacio. Pero no quiso bajar antes de que María Francisca abriese las grandes puertas de la calle y se sintieran los pasos menuditos de Pantaria y Prisca en el entarimado del comedor mientras les preparaban el desayuno. María sabía que Carlos no era madrugador y por eso bajó sin miedo a encontrárselo. Efectivamente; en el comedor estaban las dos hermanas con sus pintorescos abrigos y el bolso de labor, tomando concienzudamente su chocolate con picatostes.

—Buenos días — saludó cortésmente al entrar, María Riverdal.

—¿Cómo le va a usted con su resfriado? —preguntó con un exceso de afabilidad Pantaria Rodés.

—Estoy ya casi bien, muchas gracias.

—¡Qué lástima que anoche no bajase usted! —declaró Prisca al tiempo que partía pul-

cramente con sus dedos huesudos el medio panecillo untado de fresca mantequilla.

—¿Lo pasaron ustedes muy bien, eh?

—No tiene usted idea; en primer lugar el huésped es... huésped.

—¿Eh?

—Quiero decir que no era una señora, sino un caballero.

—¡Ah, vamos!

—Sí, un caballero, una persona correctísima...

—Ya se necesita ser correcto para hacerse el sueco a las insinuaciones de la niña de Manzaneque. ¡Qué niña, Dios mío! —gimió Pantaria escandalizada.

—¿Sí? —se echó a reír María muy divertida.

—¡Huy! No puede usted darse una idea. Por supuesto ¿qué se ha de esperar de una ferretera que se ha hecho rica vendiendo clavos y tela metálica detrás de un mostrador? ¡Bah!... De eso a una señora... Me refiero a la madre; la hija es una niña ridícula... Había que verla entusiasmada con el forastero.

—Hay que decir que el tal es un buen mozo y viste... (aquí Prisca hizo un ademán ponderativo). Es guapo, es guapo el chico.

—¡Ah! ¿Es joven?

—No tendrá treinta años. Ya verá usted. Y cenó solo, completamente solo en la mesita que hay al lado de la de usted. Debe ser alguien, porque el espacio es muy distinguido. ¡Qué más quisiera la niña de Manzaneque! En ella iba a fijarse el huésped, más fea que Picio. ¿Sabe usted que anoche se puso el trajecito de crespón colorado?

—En mis tiempos los colores chillones no los llevaban más que mujeres de cierta clase —declaró Pantaria con supremo desdén.

—En tus tiempos y en todos... Tú no eres tan vieja; la señorita Fajardo va a pensar que tienes cuarenta años... —corrigió con voz agria Prisca.

—¡Señorita, por Dios! —protestó María amablemente.

Pero en su interior le hizo a Pantaria cincuenta y cinco y a Prisca sesenta.

Continuará

La Amistad

(De Revista Mercedaria, Córdoba, Argentina).

El Creador, supremo artista de ese pequeño mundo de sentimientos, que llamamos alma nos ha dotado de una tendencia, que podríamos denominar **ley de atracción de los espíritus**. Esa atracción es la que engendra la amistad, que no es más que la unión de dos almas, unión que quiere ser asimilación, compenetración.

Cuando dos almas gemelas se encuentran y se comprenden, cuando se hallan idénticas en los mismos sentimientos, en las mismas aspiraciones y hasta en las mismas debilidades; esas almas se sienten atraídas la una a la otra, se aman, se unen, se comunican y he ahí la amistad. A veces esta atracción se ejerce a la distancia y hasta nos fué dado ver el raro fenómeno de dos amigos que murieron sin conocerse.

Amistad no es la unión de los cuerpos sino de las almas, que viven en un abrazo continuado, que ni la muerte misma rompe, pues élla sólo al cuerpo destruye y mata. Amistad no es la pasión que en la sola carne se sacia; ella sube a las alturas del espíritu y allí descansa.

El amigo sufre con el amigo y ríe si el amigo ríe, aunque a veces no piense con él. Comulgan los mismos sentimientos y los mismos ideales, aunque sus ideas no sean las mismas. Los amigos se aman ciertamente, pero se respetan, toda vez que amistad no equivale a familiaridad.

La más acabada y perfecta semejanza de la amistad hay que buscarla en la fraternidad. Lo que la carne y la sangre hacen en los hermanos, eso mismo obra el afecto en los amigos. La semejanza entre hermanos se ve en sus líneas

faciales y radica en su parentesco; entre amigos, hay que buscarla en sus rasgos psíquicos, en sus relieves de carácter, y se funda en la intimidad. A los primeros unió la naturaleza sin conocerse; los otros, ellos mismos se unieron después de comprenderse. Los amigos quisieran ser hermanos y procuran suplir con amor lo que les negó naturaleza.

La amistad más verdadera es la más santa. No es iesto una consideración piadosa. La amistad no se realiza sino en la unión, en la comunión de dos almas, en el amor a algo común. Y qué más común puede haber que Dios para las almas? qué semejanza mayor que la de ser semejanzas de Dios? Cuando dos almas aman de veras y con ardor a Dios más arduosamente se aman la una a la otra, pues ven mutuamente a Dios en sus almas y he allí las llamas de dos hogueras que, unidas, se estiran hasta el Trono del Altísimo, donde toda unidad tiene su término.

Hay algo más. La amistad fué santificada en el Corazón tan tiernamente humano de Cristo. Juan, el apóstol virgen, fué su confidente. De los doce fué él el discípulo "a quien Jesús amaba" y aquel que "reclinaba su cabeza en el seno de Jesús". A todos amaba Cristo, mas a Juan amaba con predilección, era él su amigo, el amigo del Hijo del Hombre.

Sentimiento puro y desinteresado, que tiende a unir dos almas gemelas en la más perfecta intimidad. Noble, si es puramente humana; santa, si la virtud es su motivo. He ahí la amistad de la que dicen los Libros santos, que quien la hallare ha hallado un tesoro. Fr. S. LOJA

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

ALMACEN

ROMULO ARTAVIA

Depósito de todos los productos del país. Arroz, café y azúcar de todas clases. Ajos extranjeros de primera clase.

Teléfono 3058.

Oraciones para empezar y terminar las reuniones de Acción Católica

Tomadas de un manual recomendado por el Ilmo. Mons. Taffi.

PARA EMPEZAR

En el nombre del Padre, etc.

S. Previene, Señor, nuestras acciones con tus gracias y acompáñalas con tu auxilio, a fin de que todas nuestras obras y oraciones en Ti comiencen siempre y por Ti terminen. Por Cristo Nuestro Señor.

R. Así sea.

S. Dios te salve María...

R. Santa María...

S. Corazón Eucarístico de Jesús,

R. Venga a nos tu Reino.

S. Reina de los Apóstoles,

R. Ruega por nosotros,

S. Santos Patronos N. N., y N. N.,

R. Interceded por nosotros.

S. Que te dignéis volver a todos los extraviados a la unidad de la Iglesia y conducir a la luz del Evangelio a todos los infieles.

R. Te suplicamos, Señor, que nos oigas.

AL TERMINAR

S. Oremos por el Sumo Pontífice, nuestro Santísimo Padre el Papa N. N.

R. El Señor le conserve y le de vida y le haga feliz en la tierra y no lo entregue en manos de sus enemigos.

S. Oremos.—Oh Dios, pastor y guía de todos los fieles, mira con ojos de misericordia a tu siervo N. N. a quien has colocado al frente de tu Iglesia como Pastor, concédele, te suplicamos, el ser útil por sus palabras y por su ejemplo a cuantos están a él sujetos, para que juntamente con su rebaño llegue a la vida eterna, por Jesucristo, Nuestro Señor.

R. Así sea.

S. Dios te salve María...

R. Santa María...

S. Corazón Eucarístico de Jesús,

R. Venga a nos tu Reino.

S. Reina de los Apóstoles,

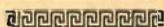
R. Ruega por nosotros,

S. Santos Patronos N. N., y N. N.,

R. Interceded por nosotros.

S. Que te dignes volver a todos los extraviados a la unidad de la Iglesia y conducir a la luz del Evangelio a todos los infieles.

R. Te suplicamos, Señor, que nos oigas.



Sabiduría Práctica

1º—No esperéis el momento favorable: creadlo.

2º—Dese a un joven resolución e instrucción y no habrá quien pueda limitar el número de sus éxitos.

3º—No tengáis otra preocupación que la de elegir una carrera. ¿Para qué sois aptos? Esta es la cuestión.

4º—Concentrad toda vuestra energía en un solo fin inmutable. No os dejéis arrastrar por varas vacilaciones. No penséis en muchas cosas, sino en una sola, pero tenazmente.

5º—Presentaos bien. El hombre que tiene buen parte y buenos modales puede pasarse sin grandes riquezas; todas las puertas se le obren y en donde quiera puede entrar sin pagar.

6º—Respetaos a vosotros mismos y tened confianza en vuestro valer; es el mejor medio de que se la inspira a los demás.

7º—"Trabaja o muere" es la divisa de la Naturaleza. Si dejáis de trabajar, moriréis intelectual, moral y físicamente.

8º—Sed apasionados por la exactitud. Veinte cosas a medio hacer no valen lo que una sola hecha del todo.

9º—Vuestra vida será la que os hagáis. El mundo no nos devuelve más que aquello que le damos.

10º—Aprended a hacer provecho de los fracasos.

11º—Nada vale lo que la tenacidad. El genio vacila, tantea, se cansa; la tenacidad está segura de ganar.

Aprender a Vivir

Aprender a ser bueno, aprender a ser justo
Amar todas las cosas y saber tolerar
Es lección que se estudia a través de la vida
Pero sólo al ser viejos creemos en su verdad.

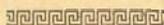
Nuestros mejores años, son vanas rebeldías
La ambición es la guía de nuestra madurez
Va girando, la rueda, la que nunca se para,
Y aun no hemos encontrado un motivo de ser...

23 Agosto, 1938.

¡Qué duro y qué imposible es poder descifrar
El sentido que tiene la vida, mientras pasa
El valor de la tierra, el pájaro y la flor
El brillar de la estrella y el milagro del hada!

Al final del camino volvemos la cabeza
¡Ah! ¡Lo que no hemos hecho y pudimos hacer!
¡La dicha está oculta en las cosas más simples!
¡Pero ahora ya es tarde, no podemos volver!

Ana M. Chouby Aguirre



Testimonios de Hombres Célebres

"Lo que veo de Dios me basta para creer lo que no veo".—**Emerson**.

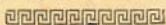
"Procura convencerte de las verdades eternas, no con un cúmulo de argumentos racionales, sino con la disminución de tus pasiones".—**Pascal**.

El principio de la filosofía, ya en tiempo de Sócrates, consistía en saber que nada sabemos, su término era la persuasión de que hemos

de creer. Es la suerte inalterable de la sabiduría humana".—**Reinke**.

"Hay en el cielo y en la tierra muchas más cosas de las que es capaz de sospechar vuestra filosofía, oh Horacio".—**Shakespeare**.

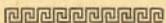
"Quien lo cree todo, sospecho que es tonto, quien nada cree más allá de lo que perciben sus ojos corporales, ni siquiera he de sospecharlo".—**Gardonyi**.



Don Rufino Quesada Hidalgo

Una de las víctimas del terrible accidente del Avión T. I. 45, pertenece a una de las familias más honorables de Venecia de San Carlos. Don Rufino era persona muy querida por su bondadoso carácter, por su gran corazón y porque era un caballero muy piadoso. Con profundo dolor

damos nuestro más sentido pésame a su esposa e hijita, y a todos los apreciables miembros de la familia doliente entre los que contamos muchos suscritores de **Revista Costarricense**. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Rufino.



La Realidad Espiritual

Las plantas se alimentan, respiran, crecen, se reproducen.

Los animales, además de comer y respirar, crecer y reproducirse, caminan, muestran simpatía hacia otros seres y realizan actos que revelan inteligencia y memoria.

El ser humano, semejante al animal en su organismo, también busca sus alimentos y comodidades, se abriga, construye su casa, cría a sus hijos, puede demostrar inteligencia, fuerza, astucia, previsión y otras cualidades; pero posee algo

que lo distingue, lo eleva y lo separa de los demás seres...

Un animal da una coz; lastima o mata a alguien y no se preocupa de ello. Un hombre pronuncia una frase injusta, y el remordimiento lo apena durante largo tiempo. No es el cuerpo el que recuerda y se conduce; es el espíritu; aquello que nos destaca sobre la naturaleza y es la esencia de nuestra vida.

Constancio C. Vigil

¡Qué Dirán!

He aquí una frase inventada verdedaralmente por el diablo: **¡Qué dirán las gentes!**...

¡Qué dirán!, dice el muchacho de escuela, si yo me confieso y comulgo y no doy guerra como el hijo del vecino.

¡Qué dirán!, murmura el joven, si no me junto con los que forman coro en las cantinas y que tienen una lengua peor que la del tabernero.

¡Qué dirán!, exclama la joven, si no visto a la moda, si no voy al club, si no concurre al baile de fantasía... me llamarán beata y pasada.

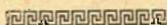
¡Qué dirán! Y el hombre, aunque es católico se esconde para ir a la Misa.

¡Qué dirán! Y el hombre, aunque es catópor miedo a tres o cuatro deslenguadas, no se atreve a salir a la calle modestamente vestida. Y la madre por el **"¡qué dirán!"** lleva a sus hijas a bailes y les permite exigencias que sacrifican al pobre esposo.

Y por vergüenza y por miedo al **"qué dirán"** ni se bendice la mesa cuando hay visitas, ni se reza al Rosario, ni se quita el sombrero al pasar frente al Templo, ni se besa la mano al Sacerdote, ni se dobla la rodilla ante el Santísimo!

¡Qué dirán!, repiten en todas partes los apocados y cobardes, que se asustan con el petate del muerto y no se atreven a hacer nada bueno, porque... **¿qué dirán las gentes**, es decir, qué dirá el mundo, qué dirá la carne, qué dirá el demonio, y no se cuidan de lo que diga Dios, de lo que grita la conciencia, de lo que manda la justicia?

Para el **"qué dirán"** hay otra frase: **¡Qué me importa!** Que me llamen rancio, atrasado, beato... ¡primero debo obedecer a Dios que a los hombres necios y corrompidos! **¡Qué me importa!** Yo seré católico sin preocuparme más que de lo que diga Dios!



Consejos a la Dueña de Casa

Quisiera contribuir con estos consejos a enriquecer la suma de conocimientos que necesita poseer la dueña de casa para atender o dirigir las diversas tareas domésticas, sacando partido de los pequeños detalles que resuelven un problema, significan rapidez o economía, aspectos todos que revisten interés.

Puede, por ejemplo, ser de utilidad para la dueña de casa saber que el linóleo tiende a endurecerse y se pone rígido cuando está mucho tiempo guardado sin uso, lo que por añadidura hace más difícil su colocación. A fin de devolverle su elasticidad debe, extendersele en el suelo, sin prensarlo, delante de una estufa o de una chimenea que dé intenso calor. A las pocas horas se notará que el linóleo ha recuperado su flexibilidad y que ya no ofrece dificultad su colocación en caminos, etc.

En ocasiones las salpicaduras de cal o de pintura han moteado los cristales de una puerta o ventana. Se los frota con agua y jabón y el resultado es poco satisfactorio; exige mucho es-

fuerzo y es lento. Sin embargo, humedeciendo esas manchas con vinagre y frotándolas luego con agua y un poco de amoníaco se devuelve al vidrio su brillantez y transparencia.

Los muebles blancos son muy decorativos. En algunos ambientes puede considerarse insustituibles. Empero, no siempre se adoptan porque se piensa en lo pronto que se ensuciarán y en la necesidad de proceder a su limpieza periódica sin poseer seguridad acerca del resultado, producto del temor de que desmerezca su aspecto.

Por eso, para disipar dudas, conviene saber que dichos muebles son fáciles de lavar con una solución de amoníaco bastante rebajada.

Para pegar recortes o papeles en hojas sueltas o cuadernos no pueden utilizarse gomas de inferior calidad, porque en seguida les dan un color amarillento. Este inconveniente se obvia preparando un engrudo excelente y que no decolora el papel, mezclando una cucharada de almidón pulverizado y otra de harina en agua

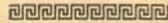
hirviendo. Se revuelve bien y al cabo de un minuto se añade un poco más de agua hirviendo, sin dejar de mover la mezcla hasta que haya adquirido la consistencia deseada.

Para que los alfileres y las agujas no se oxiden no hay más que hacer un alfilerero con brosa de café a modo de relleno. Parecerá casi absurda la idea; no obstante, de gran resultado. La brosa de café se lava con agua fría y se

deja secar perfectamente antes de meterla en el alfilerero, al que puede darse la forma que se desee, comúnmente la de una almohadilla.

Los hules no hay que lavarlos con agua y jabón; éste a veces por las substancias cáusticas que contiene puede deteriorarlo. Es mejor lavarlos con una franela embebida en agua fría y una vez secos frotarlos con un poco de leche.

Nora R. de Pelder



SECCION DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.

ARROLLADO DE PIÑA

Con anticipación se hace una jalea de piña espesa y se deja enfriar. Se hace una pasta con lo siguiente:

- 2 huevos.
- 2 y 1/4 tazas de harina.
- 1 cucharadita de royal.
- 1 cucharadita rasa de sal.
- 1 taza de leche.
- 2 tazas de agua.

Se mezcla la harina con el royal y la sal, se le agrega la leche y el agua juntas y se mezcla todo bien. Luego se batén las dos claras a punto de nieve, se le agregan las yemas, se bate bien y se vacía esto en la preparación anterior moviendo muy despacio para que no se baje. Se echan cucharadas de de la pasta en manteca bien caliente, procurando que queden las tortitas bien delgadas, y de un dorado bonito, se sacan del sartén ascurriéndoles bien la manteca e inmediatamente se les pone jalea de piña y se arrollan. Deben servirse inmediatamente. Para comerlos calientes.

FILETES DE PESCADO RELLENOS

Se cortan rebanadas bien delgadas de pes-

cado mero, se lavan bien, se secan y se condimentan con jugo de limón, sal y pimienta.

RELLENO. — En una sartén se pone una cucharada de mantequilla con una cebolla finamente picada, cuando está dorada se retira la sartén del fuego y se le agrega un puñado de pan remojado en leche y un poco exprimido, una cucharada de queso rallado, una cucharada de perejil finamente picado, una yema cruda, sal, pimienta y nuez moscada, se mezcla todo muy bien y se pone sobre cada tajada de pescado un poco de esta preparación, arrollándolo y prensándolo bien con un escarbadietes. Se colocan en un pyrex untado de mantequilla y encima de cada uno se pone un trocito de mantequilla o de manteca untándolos bien por encima, se tapan con un papel encerado (de esperma) y se cocinan en el horno caliente y a una temperatura moderada hasta que se vea que están suaves. Se colocan en un platón y se bañan con la siguiente salsa de tomate: en una sartencita pequeña se pone media taza de aceite, dos cucharadas de cebolla picada, dos tomates pelados y sin semillas, un vaso de vino blanco, sal, pimienta y una cucharadita de azúcar, se cocina hasta que el tomate esté deshecho, se cuele majando bien el tomate para que pase todo, se deja hervir un momento esta salsa y se vierte sobre el pescado. Este plato se adorna con papas peladas cocinadas en agua con sal y bien secas.

Betina de Holst Hijos

le ofrece

CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN
en todos colores y anchos

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

CONSULTORIO OPTICO

“RIVERA”

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

En la TIENDA de
CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Encontrará Usted las mejores

COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!